

Literatura Norteamericana

"Por qué escribí *El empapelado amarillo*" (1913)¹

Charlotte Perkins Gilman

Muchísimos lectores han preguntado eso. Cuando el relato se publicó por primera vez, en *New England Magazine* alrededor de 1891, un médico de Boston realizó una protesta en *The Transcript*². Una historia semejante no debería ser escrita, dijo; era suficiente para volver loco a quienquiera que la leyese.

Otro médico, en Kansas creo, escribió para decir que era la mejor descripción de la locura incipiente que había visto, y – pidiéndome disculpas – acaso yo la había experimentado?

La historia detras de la historia es la siguiente:

Durante muchos años sufrí un severo y continuo colapso nervioso tendiendo a la melancolía – y aún más. Alrededor del tercer año de este problema visité, con una fe devota y una débil esperanza naciente, a un renombrado especialista en enfermedades nerviosas, el más conocido del país. Este hombre sabio me metió en la cama y ordenó una cura de descanso, a la cual un físico aún en buenas condiciones respondió tan prontamente que concluyó que no había nada malo en mí, y me envió a casa con el solemne consejo de “vivir una vida tan doméstica como fuera posible”, “no tener más de dos horas de vida intelectual por día”, y “nunca más tocar una pluma, un pincel o un lápiz” por el resto de mi vida.

Esto sucedió en 1887.

Volví a casa y obedecí esas directivas durante unos tres meses, y llegue a estar tan cerca de la frontera con la ruina mental más absoluta que podía ver el otro lado.

Entonces, usando los restos de inteligencia que quedaban, y con ayuda de una sabia amiga, dejé que a los consejos de este afamado especialista se los llevara el viento, y me puse a trabajar nuevamente -- trabajar, la vida normal de todo ser humano; retomé el trabajo, donde se encuentra la dicha y el crecimiento y el ser útil, sin el cual uno es un indigente y un parásito -- recuperando en última instancia una cuota de poder.

Sintiéndome naturalmente impulsada a regocijarme por haberme salvado a duras penas, escribí “El empapelado amarillo”, con sus embellecimientos y agregados, para llevar adelante el ideal (Nunca tuve alucinaciones ni puse objeciones a la decoración de mis paredes) y envié una copia al médico que casi me hizo enloquecer. Nunca acusó recibo.

El librito es valorado por los alienistas y es un buen espécimen de una clase de literatura. Según tengo conocimiento, ha salvado a una mujer de un destino similar – aterrorizando tanto a su familia que le permitieron desarrollar una actividad normal y se recuperó.

Pero el mejor resultado es este. Muchos años más tarde me contaron que el gran especialista admitió frente a algunos amigos suyos que había alterado su tratamiento de la neurastenia después de haber leído “El empapelado amarillo”.

No fue escrito con la intención de volver loca a la gente, sino de salvarlos de enloquecer, y funcionó.

¹ Este artículo apareció originalmente en el número de Octubre de 1913 de *The Forerunner*. Traducción y notas de Patricia L. Lozano para la Cátedra de Literatura Norteamericana, FaHCE, UNLP, Julio de 2012.

² Se refiere al periódico *Boston Evening Transcript*, que se publicó en esa ciudad desde el 24 de Julio de 1830 hasta el 30 de Abril de 1941.

Literatura Norteamericana

"Why I Wrote *The Yellow Wallpaper*" (1913)³

Charlotte Perkins Gilman

Many and many a reader has asked that. When the story first came out, in the *New England Magazine* about 1891, a Boston physician made protest in *The Transcript*. Such a story ought not to be written, he said; it was enough to drive anyone mad to read it.

Another physician, in Kansas I think, wrote to say that it was the best description of incipient insanity he had ever seen, and--begging my pardon--had I been there?

Now the story of the story is this:

For many years I suffered from a severe and continuous nervous breakdown tending to melancholia--and beyond. During about the third year of this trouble I went, in devout faith and some faint stir of hope, to a noted specialist in nervous diseases, the best known in the country. This wise man put me to bed and applied the rest cure, to which a still-good physique responded so promptly that he concluded there was nothing much the matter with me, and sent me home with solemn advice to "live as domestic a life as far as possible," to "have but two hours' intellectual life a day," and "never to touch pen, brush, or pencil again" as long as I lived. This was in 1887.

I went home and obeyed those directions for some three months, and came so near the borderline of utter mental ruin that I could see over.

Then, using the remnants of intelligence that remained, and helped by a wise friend, I cast the noted specialist's advice to the winds and went to work again--work, the normal life of every human being; work, in which is joy and growth and service, without which one is a pauper and a parasite--ultimately recovering some measure of power.

Being naturally moved to rejoicing by this narrow escape, I wrote *The Yellow Wallpaper*, with its embellishments and additions, to carry out the ideal (I never had hallucinations or objections to my mural decorations) and sent a copy to the physician who so nearly drove me mad. He never acknowledged it.

The little book is valued by alienists and as a good specimen of one kind of literature. It has, to my knowledge, saved one woman from a similar fate--so terrifying her family that they let her out into normal activity and she recovered.

But the best result is this. Many years later I was told that the great specialist had admitted to friends of his that he had altered his treatment of neurasthenia since reading *The Yellow Wallpaper*.

It was not intended to drive people crazy, but to save people from being driven crazy, and it worked.

³ This article originally appeared in the October 1913 issue of *The Forerunner*. Prepared by Professor Catherine Lavender for courses in The Department of History, The College of Staten Island of The City University of New York.